

## EL ALETEO DE SUS PESTAÑAS

No dejo de pensar en ella. Me martiriza no saber dónde está, ni con quién. Me atormenta que puedan hacerle daño. Solo una cosa me provoca más dolor que su indiferencia: su llanto. Su llanto es para mí el más angustioso de los lamentos, peor que los alaridos nocturnos de una colonia de los gatos callejeros hambrientos. Su llanto son alfileres atravesándome los oídos y los sentidos. A veces olvida mi presencia y llora desconsoladamente, como cuando era pequeña. Como aquella vez que estábamos los dos sentados al sol en el balcón y ella, tendría unos diez años, canturreaba una de sus canciones inventadas que a mí me sonaban a melodía celestial, cuando, de pronto, sin que la hubiera visto, aunque yo ya estaba alerta para acabar con su vida sin que ella se diera cuenta, una condenada avispa le clavó el aguijón en la mejilla, justo debajo del ojo. Un llanto afligido siguió a un grito agudo. Corrí a consolarla sin asustarme apenas, ni buscar venganza. Traté de calmar su dolor como pude y sentí por primera vez la impotencia de ver sufrir a la persona que más quería en el mundo.

He tenido siempre la desventura de anticiparme a los acontecimientos, de vaticinar los cambios, tanto para bien como para mal, siendo los negativos los que se me aferran al estómago y provocan los trastornos alimenticios que a ella tanto le preocupan y no quisiera ser yo quien, en esta ocasión, la remate con mis problemas de salud. Pero ahí está la acidez, actuando como un oráculo una vez más. Trato de distraerme viendo la televisión y no me entretienen ni los anuncios más disparatados. ¿Cómo no voy a desear sacarle los ojos al tipejo ese? Debí intuirlo desde el principio, hace dos años, cuando lo trajo a casa por primera vez, con su jersey de lana y su tenue olor a sándalo. Reconozco que también a mí me embaucó. Es amable y zalamero, de mirada dócil y sonrisa cautivadora. Pero no hay en este mundo nada más falaz que la belleza. La belleza que oculta un alma fea. La belleza que, con sus adornos de carnosas sonrisas, dientes nacarados, narices rectas, armoniosos mentones, rosadas mejillas y miradas fulgurantes, esconde mentiras crueles y egoístas intenciones. Al menos la fealdad, de mano, nos pone alerta. Pero ella era tan feliz por aquella época que cantaba en la ducha, mientras cocinaba y hasta en

la cama, y no es el canto su mayor talento, a mí me embelesa, pero no tiene oído y se adelanta al compás. Si bien debo reconocer que andaba distraída y no veía más allá de sus narices o las del susodicho, su alegría resarcía el despiste propio de los efectos del enamoramiento.

No sé lidiar con los cambios a pesar de mi taimada antelación a ellos. Nunca supe. Quizás porque siempre tuve una vida privilegiada. En mi senectud he de decir que la tranquilidad y la tripa llena son las mayores gracias que nos hemos de llevar de esta escueta existencia. La manía de vivir como si se fuese inmortal es lo que lleva al ser humano a ser desdichado. Perder la perspectiva realista de un inminente final es lo que hace cometer las mayores atrocidades y estupideces. Todos, hasta los más bondadosos y leales, acaban convirtiéndose en grandes hipócritas, en mentirosos profesionales, en farsantes embaucadores, ya sea por piedad o hacer lo políticamente correcto. Se sufre por culpa de los embustes y se es embustero por costumbre. Cualidad esta que se va perfeccionando con la edad. Mentir al adular un guiso o un vestido, mentir al decir que se está despierto cuando nos despierta el timbre del teléfono, jurar al padre que no se fuma, y a la madre decir que se va a dormir en casa de una amiga, a la mujer que no está gorda, al marido que solo se le quiere a él y al amante que no hay otro como él. Hasta doscientos embustes al día puede llegar a decir una persona normal, sin patologías, quiero decir. La mentira es tan habitual que decir la verdad te convierte en un borde con escasa aceptación social. Ese es uno de los motivos por el que me gustan los niños, por su espontaneidad y sinceridad. Si algo no les gusta, no fingen, no disimulan, no mienten. Ella, cuando era niña, le decía a su madre que no le daba un beso porque su aliento olía a tabaco, si la sopa sabía mal, así lo espetaba, si el peinado de su vecina era ridículo, así lo atestiguaba, si comía chocolate a escondidas, no podía negarlo, si pegaba a su hermano, se autoinculpaba antes de que él la acusase. No era capaz ni de fingir un dolor de tripa para no ir al colegio. Hasta que empezó a crecer y a verse obligada a mentir acerca de la desacertada elección de estilismo de alguna amiga, a ocultar los resultados de ciertos exámenes, de matemáticas especialmente, a inventarse quehaceres vespertinos los domingos solo para salir de casa, a decirle a su madre cancerosa que tenía buen aspecto... Por ello, por la presión

de mentir, es por lo que el ser humano solo tiene una única oportunidad de llegar a ser feliz en la vida y esa oportunidad se pierde tras la infancia. Si se pasa por ella no habiendo alcanzado nunca la felicidad, se esfuma para siempre esa necesidad vital, provocando que esos adultos posean un aura gris, un permanente ceño fruncido, y contagien amargura además de transmitir la desventura a quienes se les arriman. Aún la recuerdo con diez añitos, alegre, pizpireta y tremendamente cariñosa. No hacía nada sin mí. Comía conmigo, dormía conmigo y jugábamos durante horas. Las tareas escolares, el deporte, las clases de inglés y las amigas fueron demandando más y más tiempo, pasando yo a un segundo plano. Aunque siempre mantuvo una connivencia especial conmigo y eso me basta.

Aprendí a disfrutar de las cosas simples desde bien joven. El trino de los pájaros. El olor de su jabón de tocador. La ternera estofada con guisantes y tomate. Su voz susurrante. Ver caer la nieve desde el balcón. El suave tacto de sus manos. Las siestas en el sofá. Su forma de caminar. El poder terapéutico del sonido de las campanas del reloj cada cuarto de hora. El poder terapéutico de su risa contagiosa. El olor a tierra mojada en las lluvias de verano. El aleteo de sus pestañas...

Siempre viví en esta casa, jamás me mudé y nunca deseé vivir en otro lugar. A algunos les puedo parecer simple, y lo soy, pero no por mentecato o falta de sazón, soy sencillo, sin complicaciones. Si algo me satisface ¿por qué razón habría de cambiarlo? Vivo en el centro, en un lugar de excelente ubicación. Los balcones del salón y del dormitorio tienen vistas a la Plaza Mayor. Puedo ver la torre del reloj del ayuntamiento desde cualquiera de ellos, así como la fachada de la iglesia y la espadaña con sus cuatro campanas. Me gusta la plaza en invierno, cuando los plátanos lucen sus desnudas y entrelazadas ramas como viejos dedos retorcidos por la artrosis y dejan ver lo que sucede en derredor del templete. Los niños jugando, las mujeres charlando y cotilleando en los bancos, los perros paseando, los coches pasando en la esquina. Antes, no hace mucho, el tráfico rodeaba la plaza y los juegos de los chiquillos eran más intranquilos para las madres y para mí, que buenos sustos me llevé, más por el grito de alarma exagerado de estas que por la imprudencia de las criaturas. En verano hay más jaleo, pero las hojas de los

árboles, que cubren la plaza en su totalidad dejando asomar en el centro apenas el tejadillo del templete, no me permiten observar la muchedumbre. Y eso, para un espíritu fisgón como el mío, es todo un contratiempo. Además, en verano, el ruido propio de verbenas, bandas y charangas, llega a ser atronador para un oído delicado. Aunque también a eso me habitué, porque el último verano ya no me fui a dormir a la habitación del fondo. Puede que sea costumbre o puede que esté perdiendo capacidad auditiva, lo que es más probable, pero afronto con ánimo los achaques de la edad, solo la aceptación del paso del tiempo nos permite ser longevos aiosos.

Ella no es resignada ni optimista, aunque lo intenta y siempre lucha por no derrumbarse ante las adversidades; pero, cuando el dolor es considerable, acaba cayendo como una marioneta a la que cortan los hilos sobre su propio regazo y miserias. Y yo no puedo ayudarla, no sirven de mucho mis carantoñas. Mitigar su dolor se me antoja bastante más difícil ahora que cuando la atacó la avispa. Ojalá los desengaños amorosos fuesen como simples agujijones. A veces trae de la calle el agujijón ya clavado. Otras veces se le clava en sueños, pues llora en la cama a mitad de la noche. Hoy el agujijón se le clavó después de una llamada telefónica. Solo alcancé a oír como pronunciaba el nombre del innombrable antes de encerrarse en el baño para hablar con él. Juro que nunca escucho sus conversaciones pues, aunque quisiera, mi debilitado oído no me lo permitiría; además, al no oír a la otra parte, solo sacaría deducciones y ninguna certeza. Salió como una loca del cuarto de baño, con la cara desencajada y el cabello alborotado. Sin decirme nada, cogió el bolso, el abrigo y las llaves y se fue pegando un portazo que resonó en mi cabeza como un trueno. Nunca antes se había comportado así conmigo. Siempre me da las buenas noches y, aunque yo intuya que está pasando un mal momento, disimula como puede para que no me preocupe. Durante la adolescencia confió en mí más que en nadie. Me contaba sus penas y sus alegrías: si sacaba un diez, si tenía un suspenso, si le gustaba un chico, si ese mismo le había hablado... Acudía a mí incluso antes que a su madre o las amigas.

Doy vueltas por toda la casa, miro y remiro la calle a través del cristal de las puertas del balcón, tras las cortinas. Está oscureciendo y empiezan a caer

lentos pero copiosos los primeros copos de nieve del invierno. Ojalá pudiera salir en su busca, pero no tengo ni la más remota idea de dónde puede estar y un resfriado a estas alturas, dado mi delicado estado de salud, puede ser nefasto. Confío en su buen criterio. Quizás esté en casa de alguna de sus amigas. Las amigas suelen ser de mucha ayuda en estos casos. Una vez, cuando tenía quince o dieciséis años, invitó a dormir a casa a una de sus mejores amigas, creo que aún lo es hoy día, aunque no recuerdo su nombre, soy un desastre para esas cosas y confieso que no pongo atención. Cenaron, vieron la televisión, escucharon música y rieron, rieron mucho, hasta que, en un momento dado, no sé muy bien cómo, pues, como digo, no soy de escuchar detrás de las puertas, la amiga se puso a llorar por los amores no correspondidos de un joven o algo por el estilo. Ella, con solo unas palabras, unas muecas divertidas, unas cosquillas y un trozo de tarta, consiguió que la otra volviera a sonreír y hasta que riese a carcajadas. ¡Y cuántas carcajadas estrepitosas le sacan a ella las amigas! Reconozco sentir envidia en esos momentos. Jamás se rio así conmigo. Cuando eso sucede es casi feliz, olvida todos los problemas y roza la dicha al menos durante esos breves instantes. La risa ejerce en ella un efecto terapéutico que no siempre comprendo por mi naturaleza seria, pero que agradezco.

Y, así, con el recuerdo de su risa, me quedo dormido en el sofá, sobre la manta, al lado del mando a distancia, con el volumen del televisor algo alto. Pero no es eso lo que acaba despertándome, ni tampoco el frío, ni el hambre, me despierta el golpe de la puerta del portal al cerrarse. Quizá sea ella. Me voy corriendo a la habitación para disimular. Oigo voces en la escalera. Una voz femenina. Una risa. ¡Es ella! Está con alguien. Meten la llave en la cerradura, entran. No reconozco la voz masculina, ¿o sí? ¿Con quién viene? Me mata la curiosidad. Me asomo al pasillo para fisgonear. Es su hermano, con una mujer. Lleva desde el verano sin venir por casa y recuerdo que la última vez que estuvo tuvimos nuestros altercados, nunca me entendí con él y mira que lo he intentado, pero solo evitando la convivencia, evitamos las desavenencias. Mejor me voy a buscarla antes de que me vean, así pensarán que hemos salido los dos juntos. No estoy de humor para sus estupideces y menos para que me someta a un interrogatorio. ¡Al demonio con el resfriado!

Consigo salir sin ser visto, aprovechando que se metieron al baño. El frío se intensifica en el rellano. Al pasar por la primera planta oigo como me ladra el perro del vecino. Tengo pánico a los perros. Sé que es un miedo un tanto irracional, especialmente por este perro, que siempre está dentro de casa y que, si alguna vez me lo encuentro, está atado a la correa. Es un perro pequeño, levanta un palmo y medio del suelo, erguido, desconozco la raza, posiblemente sea un mestizo cualquiera, pero ladra absolutamente a todo el que pasa, sin criterio alguno, ya seamos los vecinos, el cartero, un ladrón, un asesino en serie o un simple ratón, y sus ladridos son estridentes y todos ellos imprevisibles, aunque se den en series de docenas. Algo inexplicable. Sigo preguntándome la utilidad de un animal tan majadero. Si al menos fuese silencioso, podría ser una mascota con cierta gracia, pues tiene un tamaño aceptable, un bello pelaje blanquecino moteado y posee una cómica manera de morderse la cola y de rascarse la barriga con la pata trasera. Sin embargo, esos aullidos discordantes que emite sin ton ni son y a todas horas, hacen que me den ganas de sacarle los ojos. Por suerte soy un tipo pacífico y soy consciente de que es un ser inferior. Admiro la paciencia de su amo, eso sí.

La nieve caída durante estas dos horas ya ha cuajado y tienen unos cuatro dedos de espesor. El aire gélido me penetra en la garganta helándome los pulmones. Respiro por la nariz y siento como una brisa glacial se adueña de la parte frontal del cerebro. Por un momento hubiese preferido quedarme en casa aguantando al insensato de la familia. La plaza luce esplendorosa, una claridad casi cegadora causada por la nieve en armoniosa conjunción con la luz de la luna llena todo lo cubre y se refleja en cada rincón evocando el amanecer, un amanecer immaculado.

Creo recordar dónde vive el “tipejo”, tuvimos que pasar allí unos días el año pasado, cuando nos reformaron el cuarto de baño. Pero es una época de la que no me quiero ni acordar, mi mente es muy selectiva cuando de momentos aburridos y lúgubres se trata. Aunque, si he de ser justo, no se portó mal conmigo, ni con ella. En aquel entonces aún llevaba la máscara, supongo. Atravieso la calle Medina hasta la plaza Santa Casilda, oteando cada bar a ver si por un casual me topo con ella por el camino. Casi no hay gente en la calle. Cuando llego a la pequeña plaza, avanzo seguro hasta el centro y me paro al

lado de la fuente, consternado. ¡Maldita cabeza hueca! ¿Cómo recordar en qué portal vive? Puede que sea el resplandor de la nieve, puede que mi mala retentiva, pero creo que ni siquiera vive en este lugar.

Opto por regresar a casa dando un paseo por las calles del centro, al fin y al cabo, no había pérdida posible, no en vano se le llama la bien trazada a la ciudad. Me acostumbro al frío, es más, tengo la sensación de que la temperatura ha subido, puede ser, porque apenas nieva ya y no sopla ni una brizna de aire. Un agradable aroma a vainilla y azúcar proveniente de las chimeneas de las fábricas de bollería invade la atmósfera mientras atravieso la calle Duque de Frías. Distingo un par de siluetas en el soportal de la iglesia de Santa Clara, conversando alegremente. Tal vez sean ellos haciendo las paces, me digo con cierto desasosiego. No, no son ellos. Continúo caminando con paso firme como el que sabe a dónde va, sin embargo, no tardo en darme cuenta de que estoy perdido. Presumo de intuitivo, pero soy un maldito zopenco carente de sentido de la orientación. Sigo avanzando hasta que, en algún lugar perdido entre el parque de La Florida y el paseo de la Taconera, me encuentro con una pareja de jóvenes enamorados y decido interrumpir su galanteo y pedirles ayuda educadamente, todo lo educadamente que una voz ronca y temblorosa me permite. Sin embargo, el tipo, de pelos de punta, extremadamente delgado, mirada furiosa, casi perturbadora, que parece estar bajo un hechizo del maligno, cree que me dirijo a su pareja con pretensiones sexuales y me increpa con agresividad. Dada mi edad es casi un halago que alguien joven me crea con capacidad para quitarle la novia. No solo eso, me impresiona que me crea con capacidad para el cortejo. Yo, que nunca fui de miradas lascivas, que nunca destacué por mis artes en el flirteo, si no fuera por lo incómodo de la situación, me hubiera reído, francamente. Aunque, puede que más por la patética figura de su acompañante que por mi elegante aspecto, mentiría si no reconociese que la fémina me sonrió furtivamente con la mirada. Pero, como digo, nunca destacué por mis artes para la conquista.

Solo tuve un amor en mi vida. Un amor de verano. Vino a veranear al piso de al lado. Me sentí atraído por ella desde el mismo minuto en que apareció ante mis ojos, su forma de andar, sus enormes ojos verdes, su mirada felina, el pelo largo de un rubio oscuro brillante... Tal fue el impacto que, en el

mismo instante de la quemazón en el pecho, sentí un frío helador en el cerebro que me dijo, de modo cortante, que esa hembra no era para mí. Así que me la quité de la cabeza y me volqué en otros menesteres más cotidianos y a mi alcance. Pero un día ella se me declaró, sin más, con una espontaneidad que haría temblar al más robusto, con una gracia que encandilaría a un ciego sordomudo. Dio dos pasos firmes hacia mí quedándose a un torpe paso de distancia que yo avancé hacia ella. Nos hicimos inseparables. Al principio el galanteo era de balcón a balcón, después pasamos a vernos en la escalera y en la calle, detrás del quiosco o en el pretil de la iglesia. Pero nuestro lugar favorito era la azotea, lejos de miradas curiosas o reprobadoras. Allí nos encontrábamos al atardecer, antes de cenar, y dábamos rienda suelta a nuestro amor, tanto que durante un mes dejamos de cenar y a mí nunca antes me había abandonado el apetito. Algunas noches, aún a riesgo de obtener una buena regañina y el consiguiente castigo, nos quedábamos dormidos en la azotea hasta el alba, contemplando y contando juntos las estrellas. Estaba tan ciego, tan obnubilado, tan deslumbrado, que perdí la perspectiva de la realidad y también mi intuición para anticiparme a los acontecimientos, pues, el día que, presumiblemente, sería nuestro último día juntos, ella, desde el balcón, sin ni siquiera tocarnos, me dijo que ya se iba, que adelantaban el viaje un día, para descansar al llegar. Pero ¿descansar de qué, de las vacaciones? Y lo peor es que a ella no parecía importarle, seguro que tenía varios aspirantes a sus amores esperándola. Nunca me buscó, no creo ni que me recuerde. ¿Cómo alguien tan bello puede ser tan superficial? ¿Cómo pude dejarme engatusar de este modo por unos ojos sonrientes? Verla sufrir, aunque fuera un poquito, hubiese mitigado mi sufrimiento. Así, sin más, me bajé de la nube y me estrellé contra el suelo. Esa noche el perro del vecino ladró a la misma hora en que los dos subíamos juntos a la azotea, como solía hacer, para recordarme que estaba solo y vaticinar que ya lo estaría para siempre. Ese verano también las fiestas patronales de Nuestra Señora y San Roque parecieron finalizar de golpe y sin aviso. La traca fin de fiestas retumbó en mis entrañas y me obligó a retirarme por primera vez a la habitación del fondo refugiándome del ruido y de mis propios recuerdos. En alguna ocasión, mientras dormitaba, dudé de su verdadera existencia y pensé que todo había sido un sueño. Conozco el influjo del amor y sé que te puede destrozarse en cuerpo y alma. Me quedé en los



huesos en apenas unas semanas, por eso aprendí lo importante que es tener la barriga llena.

Puede que la delgadez extrema de este desgraciado se deba también a los trastornos causados por los amoríos. Intento razonar con él, trato de explicar mis verdaderas pretensiones, que solo soy un pobre viejo desorientado que no sabe regresar a casa, pero no tengo la más mínima oportunidad, el demonio me acorrala contra la pared y se dispone a atacarme presa de la furia. No tengo palabras para describir el pánico y la desesperanza que siento en esos momentos. Tampoco puedo recordar mucho más.

Casi amanece cuando recobro el conocimiento. Oigo una voz familiar, no es la de ella, es la del otro, el innombrable. ¿Qué despropósito del destino es este? ¿Estaré muerto y me encuentro a este imbécil en el infierno? No es la persona que deseo ver, pero, dadas circunstancias, y como infelizmente sigue vivo y yo también, o puede que por su jersey de lana y su tenue olor a sándalo, me dejo agasajar. Tuve suerte de no morir de una hipotermia, o desangrado. Me lleva a la clínica en su coche y la avisa a ella por teléfono, en tono muy cordial, incluso amoroso. No me hace reproches, no me regaña ni reprueba mi actitud temeraria. Solo se interesa por mi estado y, si no fuera por mi naturaleza desconfiada, diría que su preocupación por mí es genuina. Por suerte no tengo ningún hueso roto, solo el cuerpo magullado y unos cuantos arañazos, así que me dan el alta esa misma mañana. Ella me espera en la sala de espera. Sonríe, me abraza, me pide perdón no sé ni por qué e insufla de vida cada rincón de mi maltrecho cuerpo con su infinito candor y el aleteo de sus pestañas.

Ya estoy en casa, con la tripa llena, al calor, en mi rincón, desde el que diviso la calle a través del cristal. Esta mañana Briviesca es la ciudad más hermosa del mundo. No es por la nieve, ni por los niños que en ella juegan, ni por el sol esplendoroso o el azul del cielo. No es porque el perro del vecino no me haya ladrado en esta ocasión, cuando su dueño lo sostenía en brazos mientras nos comunicaba lo feliz que le hacía saber que me encontraba bien. Tampoco es porque ella haya recuperado a su amor, ni porque el cafre de su hermano se alegre de verme y me trate con respeto. No es que me sienta henchido porque sospeche que mi desaparición haya provocado tanta armonía.

No, esta es la ciudad más bella del mundo porque mi ama me quiere. Esa es una de las pocas certezas que tendré en la vida, esa y mi intratable pavor a perros y, desde anoche, también a los celosos gatos callejeros.

Soy un gato simple, pero afortunado.